

Cuento

3021,
una odisea
navideña

Libro mágico
de la
Navidad Alisios

alisios 

El Libro de la Navidad
tiene su propio reloj.
El pasado siempre está.
Se siente más el presente
y el futuro... ya llegó.

Así que... Érase una vez,
dentro de mucho tiempo
(como mil años y un mes)
en una galaxia adyacente
comenzó este extraño cuento.

Los mellizos Astro y Nébula eran, posiblemente, los niños más viajeros del universo. Sus padres eran el Doctor Matraz y la Comandante Estelar, los famosos exploradores galácticos, así que los mellizos habían pasado casi toda su vida en una nave espacial. Les habían salido los dientes mientras seguían la estela de un cometa más allá de Orión, y habían empezado a caminar en baja gravedad cerca de la puerta de Tannhäuser. La primera palabra de Astro fue “supernova”. La de Nébula, “hiperespacio”.

La nave en la que vivían era enorme, sobre todo teniendo en cuenta que sus únicos ocupantes eran Astro, Nébula y sus padres. A no ser que contemos a P.I.L.I., claro, la inteligencia artificial que ayudaba al doctor Matraz en sus experimentos, a la Comandante Estelar con la navegación y a los niños con sus deberes. Su nombre oficial era Procesador Interactivo Librepensante Integrado, pero P.I.L.I. sonaba mucho mejor. Lo que pasa es que P.I.L.I. no ocupaba espacio, salvo en la memoria del ordenador de a bordo, así que la nave seguía siendo igual de enorme para los niños, especialmente cuando el Doctor Matraz y la Comandante Estelar salían a examinar algún nuevo planeta en el módulo de exploración.

Cuando eso sucedía, el hangar se quedaba vacío, y los niños solían jugar allí al escondite. Pero, claro, como siempre jugaban ellos solos y además eran mellizos, se conocían el uno al otro a la perfección, y también sus escondrijos favoritos, así que el juego terminaba resultando un poquito aburrido. La vida en el espacio estaba llena de aventuras y

cosas maravillosas. Habían visitado planetas con ríos de miel y árboles que en lugar de fruta daban canciones, y habían visto amaneceres y atardeceres con más de cien soles diferentes. Pero, a veces, Astro y Nébula echaban de menos tener amigos con los que jugar y compartir todas aquellas aventuras y cosas maravillosas.

Especialmente en un día como aquel. Porque era la víspera de Navidad y, como cada año, Astro y Nébula tenían la importante tarea de colgar luces navideñas por todas partes mientras su padre terminaba con algún experimento y su madre repasaba mapas de navegación. Y, como la nave era tan grande, los mellizos siempre terminaban muy cansados, así que les hubiera venido de maravilla contar con la ayuda de algún amiguito en momentos así.

Ya habían cubierto de luces el hangar y el puente de mando, el laboratorio y el jardín hidropónico, y todos y cada uno de los camarotes, pero aún les faltaba colocar las del gran salón comedor con vistas a las estrellas. En medio del salón había un enorme árbol de navidad cubierto de nieve con una estrella fugaz orbitando alrededor de la copa. Parecía real, pero cuando intentabas tocarlo te dabas cuenta de que era un holograma. Es difícil encontrar abetos de verdad en medio del espacio. Tampoco había chimenea, pero un fuego tan cálido como el beso de una abuela chisporroteaba en una pantalla, de la que colgaban cuatro calcetines. Los dos pequeños pertenecían a Astro y Nébula. El de tamaño mediano, a su madre. El gigantesco, a su padre, que tenía los pies tan grandes como para surfear sin tabla. Los niños no tenían ni idea de cómo se las arreglaba Papá Noel para entrar en la nave a través de aquella chimenea virtual, pero lo cierto es que cada mañana de Navidad había regalos dentro de aquellos calcetines.

Eso sí, sus padres solo les permitían pedir un regalo por cabeza cada año. Como exploradores galácticos, ampliaban las fronteras de la humanidad todo el rato, y eso significaba que cada Navidad le ponían más difícil a Papá Noel terminar el reparto a tiempo. Si ya era difícil repartir regalos a todos los niños de la Tierra, imaginen tener que hacerlo por todo el universo conocido. Así que, para no cargar el saco con demasiado peso extra, habían puesto ese límite de un regalo por persona. Bueno, a los mellizos les dejaban pedir algo extra, pero tenía que ser algo para compartir. Y como eran tan golosos, siempre pedían lo mismo: una tableta de regalizlázuli, la golosina favorita de los niños del futuro, porque siempre sabe a lo que más te apetece en ese momento. Que te apetece fresa, pues fresa. Que al siguiente bocado prefieres melocoton y piña, pues eso. Que te sientes extravagante y quieres probar sorbete de limón y chorizo de terror... pues allá tú. Pero el regalizlázuli no falla.

Aquella noche los mellizos y sus padres cenaron en familia un banquete liofilizado, brindaron con zumos venusinos y cantaron villancicos acompañados por P.I.L.I., que siempre desafinaba con su dulce voz metalizada. Después, los niños se fueron a la cama agotados, aunque llenos de ilusión. Astro, imaginándose a sí mismo con en el casco espa-

cial que había pedido, una versión infantil del que usaba su madre. Nébula, pensando en la bata de laboratorio que esperaba encontrar bajo el árbol, con la que podría empezar a seguir los pasos de su padre. Y, con aquellas imágenes en mente, los niños se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, fueron los primeros en despertarse. Hasta P.I.L.I., que ponía todos sus sensores en suspenso durante la noche para que Papá Noel no se sintiera observado, seguía en pleno sueño algorítmico. Astro saltó de la cama a la vez que su hermana, y los dos gritaron al unísono —cosas de ser mellizos— anunciando que era Navidad. Un segundo después, corrían hacia el salón a toda velocidad. Pero, al llegar allí, se encontraron con la más desagradable de las sorpresas. Allí no había ninguna caja con un casco espacial, ni ningún paquete con una bata de laboratorio. Ni libros envueltos en papel de colores para sus padres, que siempre pedían una novela de misterio cada uno para luego intercambiarlas. Pero no sólo es que no hubiera ningún regalo bajo el árbol o en los calcetines... ¡Es que alguien se había llevado los calcetines!

¿Pero, quién? En la nave sólo vivían ellos y sus padres, y en aquellos momentos estaban en mitad de una sistema solar deshabitado, a cientos de años luz de la criatura viviente más cercana, que probablemente sería uno de esos simpáticos pulpos voladores de la galaxia de Andrómeda. Estaba claro que Papá Noel no había sido. Él se encargaba de repartir regalos, no de robarlos. ¿Y para qué querría Santa cuatro calcetines desaparecidos? No, tenía que ser alguien diferente.

—¿Quién puede ser tan terrible como para robar unos regalos de Navidad? —dijo Astro.

—No lo sé, pero será mejor que avisemos a papá y a mamá —contestó su hermana—. ¡Sea quien sea, a lo mejor todavía está dentro de la nave!

Así que los niños corrieron a despertar a sus padres, y les contaron todo hablando muy deprisa, porque estaban nerviosos. Unos momentos después, los cuatro recorrían la nave buscando al intruso. Iban juntos, porque la unión hace la fuerza, y porque así es como las familias se enfrentan a los problemas.

—¿Pero qué pasa aquí? —preguntó P.I.L.I. de repente, porque acababa de despertarse de su sueño de unos y ceros y no se había enterado de nada.

—Shhhhhhhhhhh —dijeron Astro y Nébula y Papá y Mamá a la vez, llevándose un dedo a los labios, porque no querían alertar a posibles ladronzuelos espaciales.

Durante un buen rato, buscaron por todas partes. En cada armario, en cada camarote, en cada conducto de ventilación. Pero no había rastro ni de regalos, ni de calcetines,

ni de invitados sorpresa.

—Nadie se digna a contarme lo que está pasando, pero deduzco que están buscando algo o a alguien como locos —dijo de pronto P.I.L.I. con un susurro algo ofendido para después añadir con cierto retintín—. ¿A nadie que no sea una inteligencia artificial se le ha ocurrido mirar en el módulo de exploración, verdad?

—¡El módulo de exploración, claro! ¡Vamos, todos al hangar! —gritaron los mellizos lanzándose hacia allí a la carrera seguidos de sus padres.

Los cuatro estaban un poco nerviosos cuando llegaron junto al módulo. Si había alguien escondido dentro podía ser peligroso. ¿Quién sabía de lo que sería capaz alguien que robaba regalos de Navidad? Pero estaban juntos, y eso les daba valor. Además, el doctor y la comandante tenían silbatos paralizantes venusinos, capaces de inmovilizar de inmediato a cualquier especie conocida. Bueno, salvo a los mosquitos. ¡Ni la tecnología del futuro nos va a librar de esos pejugueras!

Pero volvamos al hangar, que la cosa estaba emocionante, con la familia a punto de abrir las puertas del módulo de exploración y la tensión en el aire. La Comandante Estelar, con su silbato en los labios por si acaso, fue la primera en entrar, seguida del Doctor Matraz, pero fueron los niños los que descubrieron a la criatura.

—¡Mamá, papá! ¡Miren! Es un... —dijeron los mellizos señalando a un rincón.

Y ahí se quedaron callados, porque no tenían la más remota idea de qué era aquello que estaban señalando. Sus padres tampoco, y eso que habían recorrido el universo de cabo a rabo y conocían casi todas las especies que lo poblaban. Pero aquel ser era nuevo para ellos. Tenía algo de ardilla y algo de cobaya, y algo de gatito, y algo de chihuahua, y un aire a algo que estaba entre koala y oso panda. Era tan difícil de describir como adorable, una esponjosa bolita peluda que les miraba con ojos asustados. Estaba temblando.

—No tengas miedo. No vamos a hacerte daño —dijo Nébula para tranquilizarle.

—Claro que no —añadió su hermano—. No estamos enfadados. Ya veo que necesitas nuestros regalos más que nosotros...

Y es que Astro acababa de ver dónde habían ido a parar su casco espacial, la bata de laboratorio de su hermana y los libros de sus padres. La pequeña criatura había metido la bata doblada dentro del casco y había creado una rampa con los libros para subir y bajar sin problema.

—¡Ahí va! —dijo Nébula admirada—. ¡Se ha hecho una casa en miniatura con acceso

privado! ¡ Y mi bata doblada es su camita!

—¡Y mira! —dijo Astro sacando algo de dentro del casco—. Ha rellenado el calcetín gigante de papá con los demás para hacerse una almohada.

—¡Menudo ingenio! —dijo el doctor.

—Jajajaja —rio la comandante con tanta fuerza que casi se traga el silbato paralizante venusino—. Sí que le ha sacado partido a nuestros regalos.

Contagiados por las risas de su madre, los mellizos empezaron a reír, y pronto su padre también se sumó a las carcajadas. Las risas parecieron calmar al instante a la criatura.

—Glowie —soltó de repente con un tono agudo—. Glowie. Glowie. Glowie.

—¿Qué dice? ¿Puedes traducirlo P.I.L.I.? —preguntó el doctor.

—No hay nada parecido en mis archivos lingüísticos, doctor.

—Igual es su nombre —sugirió Nébula—. Hola, Glowie. Yo me llamo Nébula. Este es mi hermano Astro. Y estos son nuestros padres.

—Glowie. Glowie. Glowie. Glowie —repitió la criatura, pero esta vez, una cálida luz surgió de su tripita peluda.

—¿Han visto eso? ¡También brilla!

—Igual es una reacción alérgica —dijo el doctor, que siempre tenía alguna teoría científica a mano—. No veo restos del regalizlázuli que siempre piden a Papá Noel para compartir. Seguramente se lo ha comido todo y le ha sentado mal.

En ese momento, los mellizos se miraron el uno al otro pensativos.

—No, papá, eso no puede ser —dijo Astro.

—Este año no pedimos regalizlázuli como regalo para compartir.

—¿Ah, no? —preguntó su madre con curiosidad, porque si había algo que a sus hijos le gustaba era aquella golosina camaleónica— ¿Entonces, qué pidieron?

—Un amiguito —respondieron los gemelos, al unísono una vez más.

—Glowie —dijo la criatura abriendo sus pequeños brazos, como si les hubiera entendido—. Glowie, Glowie.

—¡Glowie! —gritaron los niños antes de correr a abrazar a la pequeña criatura prometiéndole que, a partir de ese momento, iban a ser inseparables.

¡Y vaya si lo fueron! ¡La cantidad de juegos, la cantidad de aventuras que vivirían juntos! Y, a partir de las siguientes Navidades, cinco calcetines colgaban de chimenea virtual. Los pequeños de los mellizos, el mediano de su madre, el enorme de su padre y el diminuto de Glowie.

Celebrar juntos, compartir la ilusión y la alegría con los seres queridos, con la familia, con los amigos. En este planeta o en el otro extremo del universo, en una casa en tierra firme o en una nave espacial, es lo que hace tan especial la Navidad.

Fin

Título original: 3021, una odisea navideña

Autor: Aitor Guezuraga

Propietario: Herdomisan S.L

Queda rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante venta, alquiler o préstamos públicos.